

**SI ACEPTAMOS CON NIETZSCHE** que «destino es carácter», en las primeras apariciones de Michi Panero cara al público se busca el origen de su tragedia. Es en la muy comentada película *El desencanto* (1976) cuando Michi se autoinmola, y con él a su familia, como camaza a las fieras. El desencanto ha quedado como referente del documental español, aunque, si jugamos a ponerle etiquetas, mejor podría hablarse de cine autobiográfico: una película volcada al pasado, a pesar de la juventud de sus protagonistas. Gran parte del filme está rodada en Astorga, donde morirá Michi Panero en marzo de 2004, con poco más de cincuenta años.

Se ha comentado una y mil veces aquella película, lo que tiene de ajuste de cuentas con el franquismo; se ha visto también en ella una tesis acerca de temas que siguen vigentes: la desestructuración de la familia tradicional, la desorientación de la clase burguesa en el mundo moderno... Sólo que, como en las buenas novelas, el mensaje no aparece formulado, sino subyacente. Hay mucho de actuación por parte de los Panero, mucho de representación y de jugar al personaje: tres jóvenes letraheridos, poseurs, que muestran a las cámaras su crisis de identidad, desgarrándose la camisa pero sin desnudarse del todo. Quizá porque la ironía y la frivolidad se avienen mal con el psicoanálisis, poco sabemos en realidad de los Panero, pese a su confesión fingida, y poco sabemos de Michi, que mantuvo siempre la actitud de no querer definirse. ¿Quién era Michi Panero? ¿Qué le hizo tanto daño? ¿Su madre, la locura de su hermano? ¿Era un hombre de letras, un historiador? ¿Un niño mimado, un bohemio? Un poco todo eso, y también un erudito y desde luego un consumado actor.

En la segunda película, Después de tantos años (1994) —rodada ya a punto de iniciar Michi con apenas cuarenta años una decadencia imparable en todos los órdenes, una debacle sentimental, física y económica— la vida supera ya a la representación, y lo que era proyecto vital —o falta de proyecto— ha llevado a sus protagonistas, que no se resignan a una madurez convencional, a un callejón sin salida... En la película sin embargo Michi hace parodia de sí mismo, antes de que se le congelara la risa en los hospitales, en las pensiones y los cuartos desamueblados, en medio de una soledad terrible.

Michi deja poca cosa publicada: artículos periodísticos y algunos relatos de juventud y poemas en prosa, que se han exhumado a su muerte, textos que anticipaban al escritor que MP no quiso desarrollar (cobraba los adelantos de los libros y luego no los escribía). Sus películas y también algunas entrevistas son su principal testamento literario. El caso es que de lo queda de Michi es mejor lo hablado que lo escrito. Sus palabras producen una sensación de amarga tristeza, pero también, por un contraste no buscado, de profundo amor a la vida.

Estas notas son unas memorias fragmentarias, inacabadas, «casi unas memorias» (por decirlo con expresión de Dionisio Ridruejo, admirado vecino de Michi en la calle Ibiza), pero que sirven de complemento a aspectos no tratados en las películas citadas, y sobre todo sitúan a Michi Panero en su época y su ambiente social y cultural. No sé si se habrá perdido en la transcripción la verdadera grafía de MP: un discurso en el que recurre a las comparaciones culturalistas, la ironía, el coloquialismo, las frases sentenciosas o las frases hechas, y a veces toma el rol de un aristócrata y a veces se revela como un madrileño de la calle.

A pesar de la tragedia de su vida, o quizá por ello mismo, estas memorias sólo pueden leerse en clave de humor.

Las cintas, que no conservo, fueron grabadas en el jardín del hospital Sear, a medio camino de la ciudad de Madrid y la sierra de Guadarrama, en los primeros días del verano de 1997.

Asís Lazcano

## Michi Panero

---

# Casi unas memorias

### Primeros recuerdos. Astorga.

**S**IEMPRE ME HE SENTIDO como ese niño solitario que ve pasar los trenes y al que los viajeros, asomados a las ventanillas, saludan con la mano en un fugaz instante, antes de que el tren se aleje en el campo silencioso. Quizá ese sentimiento sea una reminiscencia de los lejanos veraneos de la infancia, cuando me acercaba en bicicleta a la estación de Castrillo de las Piedras, un pueblo de León en el que mi padre poseía una vieja casa rodeada de terrenos. Para un chiquillo era tal el aislamiento de la finca de Castrillo que el movimiento de la estación, en realidad un minúsculo apeadero en el que los trenes se detenían un minuto y bajaban unos pocos viajeros, la mayoría campesinos que habían ido a la cercana Astorga a vender los productos de la tierra, era un verdadero acontecimiento. La vía estaba a menos de un kilómetro de casa y yo hacía muchas veces el trayecto en

bicicleta y me quedaba en el andén esperando a que el tren se pusiera en marcha para despedir a los viajeros. Era ya esa sensación que luego, a lo largo de la vida, experimentaría tantas veces, esa sensación de estar fuera y ver pasar a la gente, a los amigos, a las novias, a los muertos, así que me quedaba mirando hasta que el tren desaparecía en el horizonte.

Sin embargo, aquellos veranos, en aquella aldea perdida a doce kilómetros de Astorga —que por entonces me parecía el summum de la civilización— fueron los más felices de mi vida, unos veranos muy luminosos y muy alegres, y en mi infantil concepción del tiempo, casi eternos, ya que duraban desde finales de mayo, cuando terminábamos las clases en el Liceo Italiano de Madrid, hasta mi cumpleaños, a mediados de septiembre. Suponía un deslumbramiento, para un chico madrileño de la calle de Ibiza, pasar de los bulevares y el Retiro como toda distracción, a encontrar el río a un paso, las bicicletas que nos estaban esperando, las viñas y castaños, los manzanos y perales, y el gran bosque de encinas por el que tanto le había gustado pasearse a mi bisabuelo Quirino. Quirino había sido un personaje de novela de Tolstoi, con grandes barbas que le llegaban hasta la cintura y una expresión bondadosa, según aparece en las viejas fotografías sepia de la época. Cazador y andariego, había decidido cambiar la sociedad astorgana por los bucólicos aires de Castrillo, donde había fundado un pequeño imperio. Recorría a caballo sus tierras y de vez en cuando marchaba a Astorga a atender sus negocios, una fábrica de harinas cuyos beneficios iban a parar a los tapetes del Gran Casino de Astorga. Jugador empedernido, Quirino Torbado hacía periódicos viajes a los casinos de Madrid, e incluso, en sus expediciones ludópatas, llegó a pisar los de Niza y Montpellier.

La finca de mi bisabuelo estaba rodeada de escasas y pobres casitas de labranza donde vivían los descendientes de aquellos campesinos que habían hecho la vendimia en tiempos de don Quirino. Recuerdo en el sótano de la Casa Grande, ya roñosa, casi una pieza de arqueología, una enorme prensa que había servido para machacar las uvas.

La Casa Grande era la más antigua construcción de la finca. La Casa Grande albergaba una capilla, donde en época de mi bisabuelo se decía la misa y, quizá para compensar de tan píos fervores, se abría a su lado una enorme y desmantelada sala de billar en la que mi hermano Leopoldo y yo jugábamos nuestras interminables partidas de la hora de la siesta. Nosotros no vivíamos en la Casa Grande, sino en una construida al lado, más moderna y funcional. Sólo mi hermano Juan Luis se recluía allí los veranos para estudiar, eternamente suspendido.

Junto a estas dos viviendas había otra que ocupaban los caseros y unos cuantos cobertizos en los que se criaban conejos y gallinas. La finca también contaba con establos, tres pozos a los que nos asomábamos y a cuyo fondo insondable tirábamos piedras, un garaje en el que mi padre aparcaba su coche y un gran palomar en forma de pagoda donde, siendo yo niño, oía el zurear de las palomas y los pichones.

Luego todo aquello ha ido convirtiéndose en la viva imagen de la desolación. El palomar está medio derruido y, hueco por dentro, parece un decorado de cartón piedra, como los de *55 días en Pekín*. Las casas, vacías; los ladrones se han ido llevando todo y no han dejado ni las escaleras de mármol. Ni siquiera quedan las viñas ni los árboles frutales, que han arrancado para transplantarlos a otro sitio.

De los caseros recuerdo a uno muy bestia, que se llamaba Ulpiano, a su mujer Socorro y a una hija, Eduvigis, que se metió monja y más tarde se salió. Mi padre una vez le regaló a Eduvigis una caja de puros vacía, que la niña conservó con mimo hasta que se la rompió mi hermano Leopoldo, en un acto de crueldad gratuita. Eduvigis se fue por el camino llorando. «No se pueden tener cosas buenas», decía con su acento leonés cantarino. Ulpiano era muy burro y a uno de los perros que teníamos, que dejamos a su cuidado un invierno, no volvimos a verlo: lo mató a palos porque se había comido una gallina, lo que no es de extrañar dada el hambre que pasaría el pobre animal.

Quitando a Eduvigis, no había en Castrillo otros niños que nosotros. De tarde en tarde,

alguna visita astorgana, amigos de mis padres, traían a sus retoños. Leopoldo y yo preferíamos escondernos antes que confraternizar con los intrusos; yo iba un poco a remolque de mi hermano y él no quería ni olerse intromisiones en Castrillo.

Tres años mayor que yo, Leopoldo era mi mentor en cuestiones científicas. En realidad todos sus inventos los sacaba de su biblia particular, una enciclopedia heredada de mi madre y mi tío Luis Blanc, *El tesoro de la juventud*, algo así como un Espasa para niños, que, en dieciocho o veinte volúmenes, incluía técnicas como la fabricación de la tinta simpática o la linterna mágica. Mi hermano se agenció también un teatro de cartón que había editado la editorial Seix de Barcelona, con múltiples decorados correspondientes a muy diversas obras, desde *La tempestad* de Shakespeare a otras de autores poco menos que anónimos y con títulos tan peregrinos como *Viajeros al tren*. Nos las apañamos para sacar algún rendimiento a aquel ingenio y organizamos representaciones de cara al público, que estaba compuesto por mis tías y algún pisaverde venido de la lejana Astorga; la entrada la cobrábamos a un duro, una barbaridad por aquel entonces.

Los domingos la mayor diversión consistía en ir a misa y los martes al mercado de Astorga. Tanto tiempo encerrados en Castrillo, Astorga nos parecía Manhattan, con sus campesinos que acudían de toda la provincia, y sus tenderetes de tebeos a los que acudíamos para completar nuestra eterna colección de Roberto Alcázar y Pedrín. Leopoldo además estaba suscrito a una serie de revistas italianas que desde Módena y otros sitios insospechados llegaban hasta Castrillo, publicaciones infantiles como *Corriere dei Piccoli* y *Astrotau*, una revista de astronautas. Se hizo socio de todas y le mandaban medallones y banderines. Algunas veces se unía a nuestros juegos nuestro hermano Juan Luis, que, siendo ya mayorcísimo —a mí me lleva casi diez años—, no tenía reparo en desempeñar con entusiasmo el papel de general Custer. Juan Luis en Madrid no vivía con nosotros, se llevaba muy mal con papá y se había trasladado a casa de mi abuela Felicidad, la madre de mi madre.

### Madrid. Barcelona. Torrelodones.

EN EL BULEVAR de la calle Ibiza todavía queda una vía férrea, dos raíles hoy inservibles que atraviesan la calle para sumergirse, sin vida, en algún lugar del asfalto. Cuando se instalaron mis padres en el barrio, circulaba por ellos un trenecito de cercanías que recorría nuestra calle para ir a los pueblos de los alrededores madrileños. Mamá recordaba el barrio rodeado de trigales, antes de que comenzaran a cercarlo urbanizaciones por todos lados, el límite entre Madrid y un campo teñido de suburbio; desde las cercanas tapias del Retiro podía verse, al otro lado de los desmontes, el pueblo de Vallecas.

De los tres hermanos, yo soy el único que nazco en Ibiza 35, en septiembre de 1951. Juan Luis y Leopoldo vieron por primera vez la luz de este triste mundo en un hospital. Entre ellos dos nació un niño que no vivió más que un año, Leopoldo Quirino, aunque dudo que de esto se haya enterado su tocayo, Leopoldo María, que, por no saber, no sabe ni quiénes son sus primos.

Nosotros no fuimos niños de barrio, a nuestro padre no le gustaba que bajáramos a jugar al bulevar, mezclados con «la golfería». Así, nuestro paseo habitual iba más lejos, iba hasta la Casa de Fieras del Retiro, que, incluso a distancia, olía queapestaba. Acudíamos fascinados a contemplar aquella fauna en verdad patética: osos polares moribundos, leones al borde del último suspiro, y sin embargo preferíamos con mucho aquella especie de zoológico funerario que el gran estanque del parque, con sus parejas acarameladas y sus niños repelentes vestidos de marinero.

Junto a los puramente lúdicos del Retiro y alrededores, mis primeros recuerdos docentes son de Amapola Trigo, una joven hija de anarquistas que me enseñó a leer y a escribir (años más tarde supe que se había intentado suicidar, pero con ese nombre no me extraña). Con Amapola, cursé una especie de parvulario particular antes de ingresar en el Liceo Italiano. Leopoldo y yo entramos al mismo tiempo y, como en el barrio apenas teníamos amigos, el Liceo se convirtió para nosotros en nuestro mundo verdadero.

Hay un paréntesis en la infancia madrileña del que apenas tengo otra constancia que referencias maternas, son esos dos años que pasamos en Barcelona. A papá le encargaron que organizara allí la I y la II Bienal Hispanoamericana de Arte, y nos trasladamos a Vallensana, un pueblo cercano a Barcelona en el que vivía un amigote suyo, el crítico Juan Ramón Masoliver. Recuerdo vagamente la casa de Juan Ramón con un enorme arcón lleno de nueces. Y otro recuerdo emerge del subconsciente en el que está sumida aquella etapa barcelonesa, éste relacionado con la sensación de miedo y desamparo, cuando habiéndome extraviado en lo que me parecía un mundo inabarcable, aunque sin duda se reducía a los cotidianos alrededores de mi casa, caigo en un hoyo de hojas secas y empiezo a gritar: «Sacadme de aquí, sacadme de aquí», verdaderamente aterrado hasta que unas manos desconocidas me izan y me devuelven a tierra firme.

Yo, por entonces, tenía el pelo rubio y rizado, que me duró hasta un viaje que hicimos a Zaragoza, cuando, visitando la catedral, se me acerca una señora y le pregunta a mi madre: «¿Es nene o nena?» Mi padre se enfureció y el pelo rubio y rizado me lo mandó cortar al uno y alisármelo como fuera. Que una beata del Pilar de Zaragoza dudara de mi virilidad (por otra parte harto dudosa) era cosa que no se podía consentir.

Concluyó la etapa de Barcelona, pero mi padre se había acostumbrado a la vida campestre de Vallensana y no quería ni oír hablar de volver a la ciudad. Decidió alquilar una casa en Torrelodones, la típica casa serrana de piedras en la fachada, casa en la que pasamos mucho frío, el carbón estaba húmedo y no funcionaba nada. Torrelodones supuso un intento fallido de vida robinsoniana, pero al menos sirvió para que conociéramos a Angelines, la tata, que se incorporó a la familia y estuvo con nosotros hasta después de la muerte de mi padre. Angelines era una mezcla de rubia pelirroja que se da mucho en la sierra. Muy alocada y liberal, nos acompañaba los veranos a Castrillo y tenía múltiples pretendientes en Astorga. Acabó casándose con uno que era constructor y convertida definitivamente en astorgana.

En Torrelodones teníamos una perra a la que no se le ocurrió nada mejor que liarse con un chucho vagabundo, unión de la que nacieron cerca de doscientos hijos; mi madre cogió los perritos, metió toda la camada en una caja, hizo agujeritos en el cartón para que respiraran y los arrojó al río. Únicamente salvó a uno de ellos, negro y desfavorecido, al que bautizamos como «Isidrín» y que, al cabo de los años, correría un fin tan terrible como sus hermanos. Un domingo de septiembre, volviendo de Astorga a Madrid, mi padre lo abandonó en una cuneta de la carretera, a la salida de Benavente. Detuvo el 600 y, haciendo caso omiso del llanto de Leopoldo y el mío, dijo que él no quería perros en Madrid, lo sacó del coche y arrancó. «Isidrín» no podía aceptar de buenas a primeras su destino, seguía corriendo al automóvil y recuerdo cómo Leopoldo y yo, retrepados sobre el asiento de atrás, veíamos al animalito cada vez más lejano hasta que desapareció por completo de nuestra vista. El pobre «Isidrín» tuvo una suerte atroz (además, quedarse en Benavente, uno de los pueblos más feos de España, desde luego qué tristeza. Supongo que le atropellaría algún coche).

### Poetas en Italia

MI PADRE ERA AMIGO de Martínez de Velasco, una especie de gigantón de nariz rota, simpático y muy bruto. Velasco había sido boxeador y activista de Falange. Un tipo de pistolón al cinto, en el fondo buena persona, que llevaba el departamento de viajes del Instituto de Cultura Hispánica, donde también trabajaba papá. Velasco y Enrique Frás, un directivo del Nodo que era además cuñado de Luis Rosales, organizaron un viaje a Italia para escritores e intelectuales relacionados con el Instituto. Se aprovecharía el viaje para realizar un documental para el Nodo, que llevaría el título de «Poetas en Italia».

No contento con la presencia de los miembros del Instituto de Cultura, mi padre tuvo la idea de convocar a toda su familia y así llenar las plazas que quedaban libres en el autobús. Íbamos mamá y los tres chicos, pero parece ser que no le bastaba, también tenía que incluir a todo el familión astorgano —mis tías y sus respectivos maridos—, una cosa

que cantaba, aunque los supuestos intelectuales no fueran precisamente los duques de Edimburgo. Se hizo célebre mi tío Teodoro, que se pasó todo el trayecto por la Costa Azul con la ventanilla echada, durmiendo, y que al divisar las lagunas de Venecia soltó su famosa frase: «Hombre..., aquí se deben de criar muy bien los mejillones».

Mi tío era un personaje digno de Berlanga. A la vuelta, lo primero que hizo al llegar a la frontera española, fue bajarse del autobús y ponerse a cantar asturianadas. Sus compañeros de viaje le miraban horrorizados, aunque ya habían tenido tiempo de acostumbrarse a las barbaridades de mi tío. En un bar de Florencia se había dirigido al camarero solicitando «otto café». Lo que quería pedir en realidad era «otro café»; pero «otto» en italiano no es «otro» —que se dice «altro»— sino «ocho», así que le sirvieron los ocho cafés uno detrás del otro.

Independientemente de las excentricidades de mi tío, yo tenía seis años y aquel viaje me marcó mucho. Recuerdo la impresión que me causó un Nápoles medio inundado en el que no pudimos salir del hotel; Pompeya, donde a los niños no nos dejaron entrar a unas ruinas que albergaban unos murales decorados con motivos pornográficos; Génova, Milán, Florencia...

Un anochecer, ya volviendo a España, llegábamos a Marsella, cuando el autobús se detuvo de pronto. La carretera estaba iluminada por potentes focos y se oía el mugir de las sirenas que se aproximaban. Al parecer, un camión había chocado con un carro de gitanos y lo había destrozado. Se conminó a los niños a que no abandonáramos el vehículo, mientras los mayores salían a contemplar el espectáculo. Yo me escabullí y bajé del autobús; alcancé a ver, a la luz cegadora de los reflectores de la policía, una enorme mancha de sangre brillando en la carretera. Ni que decir tiene que volví al autobús en un pispás, pero aquella primera visión —la carretera llena de sangre, las sirenas de la policía, las luces deslumbrantes— supuso un primer atisbo de lo que la muerte representaría posteriormente para mí. La muerte, que siempre acude a romper el orden de las cosas y a originar un caos en las vidas de todo el mundo. Luego, en las UVI, he

visto morir por un tubo. Ya no me impresiona. La muerte cotidiana pierde valor. Oyes un aullido y dices: vaya coñazo. Uno empieza a tener callo, y eso tampoco es bueno.

### Muerte del padre

UNA TARDE DE AGOSTO, con un calor insoportable, vi cómo el coche de mi padre —un Seat 1400 blanco y negro— llegaba por el camino de Astorga haciendo eses. Acudí a su encuentro, pero él frenó bruscamente y salió apartándose de un empujón. «Me duele mucho el pecho», me dijo.

Papá desaparece por las escaleras de casa y mi hermano y yo reanudamos nuestros juegos. Ha pasado un rato y estamos en la sala del piso de abajo leyendo el «Corriere dei piccoli», cuando oímos gritar a mi madre... Yo subo corriendo, con el presentimiento de que algo terrible ha ocurrido. Mi madre habla con un señor —más tarde supe que era el practicante— ante la puerta, entornada, de la habitación. «Mamá —le digo— ¿verdad que papá no está muerto?». «No, no, baja tranquilo, que no pasa nada», me contesta. Pero algo en mi interior me dice que mi madre no me ha dicho la verdad. Entonces salgo al campo y me quedo allí fuera, muy asustado, hasta que comienza a anochecer; unas criadas vienen a buscarme y me encuentran llorando junto a las verjas. Sólo tengo diez años pero de algún modo siento que mi mundo se ha derrumbado para siempre.

Cinco días después mi hermano Juan Luis nos reunió en lo que había sido el despacho de papá para un consejo de familia. Lo primero que nos dijo: «Papá ha muerto y de ahora en adelante yo voy a ser vuestro padre». Leopoldo y yo nos miramos como diciendo: «Ha bajado un platillo volante»; aquello parecía una escena del «Almacén de antigüedades» de Dickens.

Mi madre empezó a ejercer de viuda y se hizo teñir de negro toda la ropa, pero Leopoldo y yo no podíamos asimilar aquella muerte. Mi padre había fallecido un 27 de agosto y el 14 de septiembre yo cumplía once años; se me hizo una fiesta de cumpleaños para que no estuviera triste, se me

compraron los consabidos regalos... Aquello, a pesar de mi tierna edad, me resultó un paripé. Se me había caído toda mi historia encima, y se me sigue cayendo desde entonces, parece que el edificio fuera interminable. Y no es que el recuerdo de mi padre sea especialmente agradable, más bien va unido a una sensación de miedo antes que otra cosa, y a prácticas que en su niñez él había experimentado bajo la tutela de su abuelo Quirino, que luego se repitieron en mi persona. Por ejemplo, dejar una moneda de cinco pesetas en la cancela de la finca más allá del bosque de encinas para que yo fuera a buscarla por la noche y así demostrara que era muy valiente. Mi madre, a escondidas, me daba otra moneda y me decía que esperase fuera hasta que pasara un tiempo y luego volviera a entrar.

Sin duda mi padre me quería mucho pero lo que más me ha quedado de él son los gritos, el miedo y esa sensación de pérdida, incluso en vida, esa sensación un poco cursi que tengo de ser eternamente huérfano.

Poco después fue la vuelta a Madrid y el retorno al colegio. El primer día, cuando la señorita dijo: «Ponéos de pie porque el padre de José ha muerto este verano, vamos a rezar», yo me llené de horror y de vergüenza. Había pasado de ser igual a todos a convertirme en el huérfano que los compañeros del colegio miraban con pena. Te daban el bocadillo, te daban todos el pésame... Con once años no es que me sintiera marginado como «Billy the kid» pero sí, de algún modo, pisando en falso. Quisiera o no, uno ya no pertenecía al mundo de la infancia, uno ya era huérfano y eso no se quita en la vida, como el ser diabético posteriormente o el ser cornudo. La desaparición de mi padre me hizo cambiar radicalmente y conocer lo que luego he conocido mejor: la muerte, el dolor, el abandono sistemático en el que se encontró la familia, la ruina. Yo era un niño que sólo pensaba en los tebeos y en el Liceo Italiano y me convertí en el huérfano de una familia arruinada.

Mi padre había muerto de un infarto, de una angina de pecho, en un momento en que las cosas parecían haber tomado un buen rumbo. Había dejado el Instituto de Cultura para entrar a trabajar

en «Readers Digest», revista en la que ocupaba el cargo de secretario general en España, y tenía previsto que abandonáramos la siniestra calle Ibiza y nos mudáramos a un piso de Núñez de Balboa. Otra hipótesis que se barajaba era irse a vivir a América con el «Readers», pegar el salto a los Estados Unidos, en cuyo caso yo me hubiera convertido en un niño americano.

Por otro lado, parecía que papá iba a ser elegido académico en el curso siguiente al que muere, estaba más o menos cantado. Le iban a avalar gentes como Camilo, Pedro Laín, Dámaso. Por lógica tenía que entrar, aunque tampoco él tuviera ninguna prisa. Tenía 52 años y la Academia podía esperar. La Academia no era como ahora, que entra Muñoz Molina a los 40 años.

El «Readers Digest» es lo que nos salvó entonces de la más absoluta indigencia. Vicente Fernández Bobadilla, el director de la publicación, en un momento en que no había en casa ni cinco mil pesetas, dio dinero a mi madre para que pagara las cosas más elementales, como la funeraria. Los últimos años de mi padre, si habían sido medianamente felices, fueron gracias al «Readers Digest», cuando se pudo comprar por fin un tocadiscos, y una televisión, y por fin Mozart completo. Hasta entonces había sido la miseria, miseria que volvió con su muerte.

No podíamos vivir de promesas. Muchos vinieron diciendo que a mi madre iban a solucionar la vida, pero todo era mentira, claro. El estado apenas concedía una pensión raquítica y al final ella se decidió a vender una casa, un chalet en Manuel Silvela que tenía de herencia de su familia.

En general los amigos de papá fueron desapareciendo con una rapidez vertiginosa. Hubo excepciones, como José Antonio Maravall, historiador y académico, que se portó maravillosamente con mi madre, (su mujer María Teresa era la que había presentado a mis padres). Luis Rosales prometió hacer una antología de artículos sobre la figura de Leopoldo Panero y recaudar dinero con la venta del libro. De esos artículos sólo vimos el de Azorín, no sé si porque Rosales se quedó con los demás o porque no existieron nunca.

### Viaje a Egipto

LOS VERANOS YA NO fueron lo mismo. Castrillo había perdido todo sentido, mi madre lo odiaba, culpabilizaba al sitio. Decía que de no haber ocurrido aquello en Castrillo mi padre hubiera tenido un médico a tiempo, que en aquel aislamiento no se podía vivir, etc. Supongo que pensaba que si a nosotros nos hubiera ocurrido algo parecido habría vuelto a repetirse el caso. Así que el verano siguiente no fuimos a Astorga, sino a una playa cerca de Vigo. Y al otro verano fue cuando mi madre decidió que había que viajar y ver mundo, y fuimos a Egipto. Mamá quería dejar pasar un poco el tiempo.

El navío en que nos embarcamos resultó ser un carguero que iba depositando y recogiendo sus mercancías en los distintos puertos y la compañía aprovechaba la travesía del Mediterráneo para alquilar a los turistas cuatro o cinco camarotes en los que el pasaje resultaba muy barato. Tan sui generis crucero cubría una ruta turística improvisada, en la que las paradas dependían de la carga, lo cual era lo más divertido y también lo más cabreante. Así, en un puerto miserable de Turquía en el que no había nada que ver, estuvimos cargando trigo durante una semana, cuando en Génova apenas nos habíamos detenido dos días. En Nápoles ni siquiera paramos, yendo de Génova directamente a Alejandría. Allí permanecimos una semana, tras la cual, remontando el delta del Nilo, nos dirigimos a El Cairo.

Juan Luis jugaba en aquel viaje a Lawrence de Arabia y se hacía llamar «Orens» por los guías. Lo primero que les preguntó fue si sabían quién era Lawrence de Arabia (la película debía de haberse estrenado por aquellas fechas). Juan Luis siempre que ha viajado ha estado cargando con sus mitos, Alejandría para él estaba personificada en Kavafis y en *El cuarteto de Alejandría*, su libro de cabecera por entonces. Nada que ver con la Alejandría real, cuando fuimos a visitar el palacio del recién derrocado Faruk; palacio expoliado por los nasseristas, que apenas habían dejado un albornoz sucio en el cuarto de baño y un coche sin ruedas en el jardín.

En mi recuerdo, sin embargo, Alejandría va unida sobre todo a la enfermedad. Una disentería

contraída con la ingestión de algún alimento en mal estado, que me provocó altísimas fiebres y constantes vómitos. De Egipto seguimos viaje a Beirut pero, al ver que las fiebres no remitían, el capitán sopesó la idea de desembarcarme en Beirut y poner el barco en cuarentena.

Afortunadamente, en la capital del Líbano dimos con una especie de curandero, un gordo muy beatífico, que enseguida me cogió cariño. Nos llevó a todos a su casa, donde me puso al cuidado de sus cuatro mujeres y me hizo ingerir unas pócimas misteriosas de fabricación casera que hicieron que las fiebres desaparecieran como habían venido.

### Regreso a Astorga

CUANDO, AL TERCER VERANO, volvimos a León no fue a Castrillo de las Piedras sino a una casa que estaba en el centro de Astorga. Ya no teníamos coche y Castrillo resultaba inaccesible. Ni siquiera encontramos caseros, los últimos se habían marchado a Alemania en aquella época de emigraciones masivas, y nadie quería quedarse a vigilar aquella casa perdida en medio del campo. Tampoco mis tías astorganas, hermanas de mi padre, que viviendo él solían ir de vez en cuando a merendar como si fueran a una excursión al Himalaya (decían «Vamos al monte») parecían demasiado interesadas en mantener la finca.

Así que fuimos a la casa de los Panero en Astorga, un antiguo palacete en el que vivían mis tías Asunción, Odila y María Luisa. Hasta mis 17 años seguí pasando los veranos en aquella casa, con lo que terminé por integrarme en la vida social astorgana. Al contrario que a mis hermanos nunca se me han caído los anillos por jugar al fútbol con los astorganos o por ir a los bailes del Casino, mientras ellos dos se mantenían mucho más distanciados, como si fueran los Finzi Contini y los demás unos parias. Quizá en el caso de Leopoldo por timidez. En el de Juan Luis porque no le han interesado nunca ni los astorganos ni los no astorganos; si acaso, le interesaron a posteriori, a la hora de los monumentos y los homenajes, después de la muerte de mi padre.

Astorga fue el escenario de mi primera experiencia sexual, o medianamente sexual, que por lo demás resultó patética. Tenía una novia más o menos de mi edad, doce o trece años por entonces, que se llamaba Nené e íbamos a meternos mano, cuando anochecía, a cobijo de las murallas del pueblo. Pero como Nené tenía que estar en su casa a las nueve y media, y aquel romance no tuvo lugar hasta finales de un verano, apenas teníamos unos minutos contados de oscuridad que nos servían como introito, como breve calentamiento tras del cual nos separábamos con los dientes largos. A Nené la recuerdo con cariño, todavía guardo por ahí alguna foto en que aparece exuberante. Su padre era director del colegio Leopoldo Panero y, quizá por eso, hacía la vista gorda ante los desmanes de la muralla.

Dejamos de ir a Astorga cuando empezaron las discusiones entre mis tías y mi madre. Las tías querían derruir el viejo caserón para construir unos apartamentos en los que cada una tuviera su pisito, un auténtico disparate. Astorga tenía sentido en función de la casa, pero no de un pisito; sólo a mis tías se les podía haber ocurrido semejante idea macabra. Afortunadamente, no se salieron con la suya; en tales condiciones ir a Astorga hubiera sido como ir a veranear a Orcasitas.

Pero ellas detestaban la casa, decían que era carísima, aducían de todo para deshacerse de ella, lo que tenían era un rencor digno de la secta sij hacia la casa de Astorga. Se malvendió años más tarde, en la época de «El desencanto».

### El Liceo Italiano

AQUELLOS AÑOS posteriores a la muerte de mi padre los recuerdo muy arropado y, casi siempre, mirando. Ya lo decían los profesores en el colegio, con la elementalidad con que se formula un axioma: «La ley de Panero es la ley del mínimo esfuerzo». Yo me sentaba en el último banco y procuraba pasar inadvertido.

En realidad estaba muy cómodo en esa especie de término medio. Quizá no lo parezca, pero me considero un tímido patológico. El día que

entré en el colegio no me atrevía a pedir permiso para ir al baño y me hice pipí encima. Primeros indicios de una cortedad enfermiza que, si Dios no lo remedia, me acompañará ya durante toda la vida. Y que, en aquel tiempo, era aún más terrible, agravada por la presencia en el mismo colegio de mi hermano Leopoldo, toda una institución en el Liceo Italiano. Yo iba un poco a remolque de la patibularia fama de mi hermano; ejercía en ese sentido de repelente niño vicente, buenísimo y aterrado, aun siendo regular como estudiante, apenas de aprobados justos.

Después, pasados los años, me he encontrado alumnos del Liceo a punta de pala, hasta en los sanatorios, y realmente de quien más se acuerdan es de Leopoldo. El tema de conversación en los recreos, cada lunes y cada martes, eran las maldades y perfidias de Leopoldo María Panero. Hacía, iba a decir locuras; en vez de irse con su carterita la tiraba desde la ventana a la puerta del colegio y la dejaba ahí; luego, esas cosas de hacer correr al profesor de gimnasia cuarenta vueltas alrededor del patio... Lo de tener un hermano tan malo me obligó a convertirme en un niño modelo.

Para nosotros el Liceo Italiano supuso una educación muy civilizada, aunque parezca una redundancia. Que un alumno español fuera al Liceo indicaba que sus padres tampoco eran unos bestias. Detalles como que se levantaran todos los niños cuando murió mi padre (aunque a mí me diera verdadero espanto), o que en el mismo momento se nos concediera automáticamente una beca, son cosas impensables en España, donde para que te den un cucurucho hay que hacer veinticinco mil papeles.

Hubo un año que dejé el Liceo Italiano, no recuerdo por qué extraña razón, y fui a un colegio terrible, el instituto Cervantes, en el que apenas aguanté un mes. El Cervantes estaba al lado de Princesa y era tétrico, rezumando esa mezcla de olores tan característica de los colegios españoles: un conglomerado de sudor, tiza y *meaos* inconfundible. El Liceo no sólo no olía a colegio, sino que, con su hermoso jardín delante de la fachada, ni siquiera parecía un colegio.

Allí tienen lugar, por otra parte, mis primeros escarceos sentimentales. Durante muchos años, mi gran amor fue una chica de mi clase, Silvia Menegazzi, pero aquellas relaciones no pasaron del puro platonismo. Silvia me miraba como si fuera el último mono.

A los 17 años, y sin haber escarmentado de la experiencia del Cervantes, me cambié al Ceu San Pablo para cursar Preu, por entonces el último año antes de pasar a la universidad, algo así como el actual Cou. Juan Luis había ido al Ceu, y escuchando sus relatos yo había conjeturado que, por el hecho de ingresar en el Ceu uno adquiría ya un status semejante al de estudiante universitario. El Ceu tenía bar, había muchas chicas, uno se creía ya como muy mayor.

Pero en realidad el San Pablo era una risible caricatura de la universidad; recuerdo a un profesor de filosofía, Gamba, un profesional que incluso publicaba libros de texto, que tenía la feliz ocurrencia de rezar el Padre Nuestro antes de cada clase, cosa que a esa edad, en el preuniversitario y en clase de filosofía resultaba cuanto menos inadecuada.

Mi mejor amigo en el Ceu era otro huído del Liceo Italiano, un tal Javier Ortiz, jugador y tarambana. Debíó de acabar en EE UU y creo que de mala manera. Javier en aquella época ya se acostaba con chicas, era mi modelo a imitar. Su padre tenía un empleo genial, empleo que para mí hubiera representado la panacea y que hubiera querido tener a perpetuidad: supervisor de la Casa de Fieras del Retiro.

De cualquier modo, con bar o sin bar, un mes fue suficiente para que me horrorizara del Ceu. Yo llegaba del Liceo Italiano, que era un mundo aparte, y aquella toma de contacto con la realidad estudiantil me resultó una experiencia horripilante. Volví al Liceo donde fui readmitido por enésima vez, y aquel regreso cambió mi vida. Fue cuando conocí a D.

D. tenía muy poco que ver con una niña española de su edad. Se podía hablar de todo con ella, compartíamos las mismas aficiones, el gusto por la lectura, el cine, y, más que nada, el sentido del humor. Hasta que las cosas se torcieron nos lo

pasamos muy bien, nos reímos mucho. En España, donde no abundan las personas con una veta humorística, no es fácil encontrar una novia así. Están codiciadísimas.

Mi primer contacto, un tanto forzado, con D., debo agradecerérselo a dos compañeros de clase italianos, dos sicilianos siniestros, que, volviendo en autobús de una excursión colegial a la central nuclear de Zorita, me obligaron, a base de collejas y empujones, a que la diera un beso en la boca. Esas cosas del Preu.

Poco más tarde empezaba a salir con ella. Entonces D. se dejaba acompañar, supongo que buscando un novio «intelectual», por un chico más pequeño que yo —y que ella—, hijo del columnista y crítico de arte Álvaro Delgado-Gal, que era, imagino que seguirá siéndolo, un feo repateante y asqueroso, gáfudo terrorífico que llevaba a D. a cines de arte y ensayo. Evidentemente yo no era para nada ese tipo de historia.

Nuestro noviazgo tuvo unos preliminares caóticos. Su padre era el embajador italiano en España. Poco antes de empezar yo a salir con D. había tenido lugar un pleito feroz entre un sobrino de mi madre, José María Castañé, y su mujer, italiana. Una siniestra historia de divorcios. El marido había contratado detectives, que irrumpieron en la habitación de esta señora italiana cuando se encontraba con su amante (español) y daba la casualidad de que uno de los testigos que había estado vigilando con el detective, con el sereno, y con San Peter O'Toole, había sido mi madre.

El embajador, como era natural, defendía a la ciudadana de su país, y cuando se enteró de que el novio de su hija estaba en la parte contraria, no le hizo demasiada gracia. Aquella coincidencia disparatada (tan disparatada como todos los pormenores de mi historia con D.) sería el origen de una animadversión mutua.

Una cosa indudable es que D. contribuye a cambiar mi vida en dos aspectos fundamentales. Por primera vez me enamoro de verdad, plenamente y como un loco, de una mujer y se acaban esas historias de mirarse de banco a banco. Al

mismo tiempo, satisfechas mis preocupaciones fundamentales, dejo de escribir, cosa a la que no daba importancia en aquel momento, lejos de sospechar que sería definitiva.

Quizá como compensación, empecé a desarrollar el que ha sido uno de mis peores defectos, el asumir el papel de preceptor cultural, manía que en tantas ocasiones me ha llevado a la catástrofe. D. era una niña que leía a Françoise Sagan, como mucho a Moravia, y yo tuve la idea de introducirla en lecturas selectas.

La primera vez que me acosté con D. fue una noche azarosa aprovechando que mi madre había salido de Ibiza 35 (el mito es que hay que iniciarse con una puta, pero yo nunca me he acostado con una puta, por lo menos profesional). Aquello fue un desastre. Teníamos 18 años y estábamos aterrados. Hoy proliferan las películas de adolescentes que viven su primer amor, y además te las programan en tv a las cinco de la tarde. Pero entonces las cosas eran muy distintas. No había chicas de tu edad, y menos del colegio, que se acostasen con uno. La mitad de mis compañeros han llegado vírgenes al matrimonio, y no lo digo por creer que yo sea el adelantado de Pedro Núñez de Mendoza.

El noviazgo madrileño con D. apenas duró seis o siete meses, se interrumpió al llegar el verano, cuando a su padre le destinaron a París como embajador en la OCDE. Nuestros amores se prolongarían con visitas recíprocas e intercambios continuos París-Madrid, pero eso ya lo contaré más adelante. Aquel verano marché a Londres en compañía de mis primos, hijos de mi tía María Luisa. Iba teóricamente a aprender inglés, y digo teóricamente porque me pasé los dos meses con los dos lerdos de mis primos que se pasaban el día entero en las sex shops y otros antros. Si aprendí algo de inglés yo creo que fue más bien viendo el Time Out in London.

Mis primos eran así, les pirraba estar con españoles comentando minifaldas que se veían a troche y moche, daba la casualidad de que en las piernas de las inglesas más feas del mundo. En el college donde residíamos sólo había feas y cuando la inglesa es fea no lo puede ser más. Pero a estos dos,

que estaban salidos como monas, no les importaba gran cosa. Luego la familia les mandaba mantecadas y chorizos y a mí me dejaban completamente pasmado. Yo lo único que pedía que me mandaran era dinero, no ese tipo de recuerdos alimenticios.

Podían habérmelo mandado, pero el caso es que me quedé sin blanca. Mientras mis primos regresaban al terruño cantando en el ferry Asturias patria querida (los cantos regionales era otra cosa que les encantaba), yo vagabundeaba por la ciudad sin un céntimo. Me salvó de la indigencia londinense Miguel Payo, un valenciano amigo de Vicente Molina Foix que trabajaba en la BBC. El fue quien me dio el dinero para volverme.

### La universidad

LA VUELTA DE LONDRES, con 18 años, por hacer algo, decidí matricularme en la facultad de Filosofía y Letras, en la que aguanté un par de días. Gracias a que el curso acababa de empezar, pude cambiar a Políticas, donde estuve cosa de otros dos días. Me habían contado que en Políticas había muchas chicas y que se follaba, o una cosa de esas, pero no me dio tiempo a comprobarlo.

Al año siguiente quise probar suerte de nuevo e ingresé en la Facultad de Ciencias de la Imagen (primera promoción), que suena algo así como si fuera Eton, pero que era en realidad una birria, con el único aliciente de que se daban las clases en el edificio que había albergado la antigua Escuela de Cine, en la Dehesa de la Villa. Todavía quedaban restos de la biblioteca de la verdadera Escuela de Cine, e igualmente algún profesor proveniente de la vieja escuela, no menos polvoriento que los libros.

En Imagen duré exactamente un año. Los estudios apenas ofrecían dificultad y podía haberlos terminado en un par de años. Sin embargo tuvo que intervenir el azar impidiéndome acudir a dos exámenes: al primero de ellos porque se me paró el despertador y me quedé dormido; al segundo, en septiembre, realmente me daba pereza ir. De nada valen las lamentaciones a poste-

riori; además, tampoco creo que haber terminado Ciencias de la Imagen, o como se llame, me hubiera salvado.

En la facultad, al menos, contacté con quien durante el resto de mi vida sería uno de mis mejores amigos, Rafa Zarza. Rafa, al igual que yo, había recalado un poco por casualidad en aquella escuela de vagos que era Ciencias de la Imagen. Algo mayor que yo, ya era amigo antes de conocerme de mi hermano Leopoldo. Con Rafa cambiaron muchas cosas: nos pasábamos el día juntos, rodando escenas callejeras con sus cámaras de cine o incorporándonos a las jornadas de lucha estudiantil. Suponía para mí el acercamiento a otro mundo, que poco tenía que ver con el enajenamiento imperante en una facultad que, promoción tras promoción, ha resultado ser un criadero de zombies. Si hay una fábrica de zombies, ésa es la Facultad de Ciencias de la Información, rama Periodismo o Imagen. Para ser periodista no creo que haga falta realmente estudiar nada y para hacer cine, salvo la parte técnica que no te enseñaban por falta de medios, o tienes talento o no lo tienes. En cuanto a la parte técnica, Orson Welles decía que en un fin de semana podían aprenderse todos los rudimentos del cine, no creo que él necesitara pasar por ningún Ciencias de la

Imagen, y realmente muy pocos de los que se han dedicado al cine en España lo han hecho.

Así que yo estaba en la facultad como podía estar en Navacerrada, esquiando. Esa ha sido mi breve experiencia universitaria, dominada siempre por un rechazo similar al experimentado en el Ceu y en el Cervantes al dejar el Liceo. Y no es que el Liceo fuera Oxford ni Cambridge, pero no he podido evitar que la enseñanza española me pareciera, lamentablemente y sin remedio, una cosa con olor a *water* y a *meaos*, triste y cutre. En aquella época bastaba además con mover un dedo para tener a los grises encima y tampoco existía un verdadero espíritu de oposición ni mitos de la juventud rebelde universitaria. La que a mí me tocó vivir era descafeinada y acomodaticia. La prueba es que ninguno de esa primera promoción ha hecho cine, ni tan siquiera publicidad. En la segunda ya entra gente como Trueba y Ladoire.

#### Nota

° Hemos seleccionado algunos pasajes del interesante texto enviado por Asís Lazcano en septiembre de 2004, al poco de morir Michi Panero. Dada su extensión resulta imposible acogerlo íntegramente.